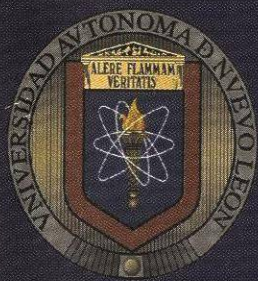


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2005



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Edición 32

responder de manera adecuada la situación en la que se encuentran las cosas...

BÜHLER, K. (1950) *Teoría del lenguaje*, traducción de Juan María Rivera del Ochoyero, Madrid.

CASSIN, D. *La obra de la cultura*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1985.

GARDNER, Howard (1987) *La mente humana*, Alianza editorial, Madrid.

GARDNER, H. (1985) *Intelligence: Multiple Perspectives*, Basic Books, New York.

GARDNER, H. (1987) *The Mind: A Comprehensive Reference*, Basic Books, New York.

GARDNER, H. (1987) *Intelligence: Multiple Perspectives*, Basic Books, New York.

GARDNER, H. (1987) *Intelligence: Multiple Perspectives*, Basic Books, New York.

KILSBERG, B. (2004) *La mente humana*, Alianza editorial, Madrid.

RODRIGUEZ, Alma Silvia (2004) *La mente humana*, Alianza editorial, Madrid.

RODRIGUEZ, Alma Silvia (2003) *Inteligencia múltiple*, Alianza editorial, Madrid.

RODRIGUEZ, Alma Silvia (2003) *Inteligencia múltiple*, Alianza editorial, Madrid.

RODRIGUEZ, Alma Silvia (2003) *Inteligencia múltiple*, Alianza editorial, Madrid.

BRUNER, J. (1986) *Act of Meaning*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

o programas de televisión. Y este programa debería existir como programa de televisión. Y este programa debería existir como programa de televisión. Y este programa debería existir como programa de televisión.

SIGNIFICACIÓN Y SENTIDO DEL LIBRO EN EL HORIZONTE CULTURAL

Dr. Jur. Dr. Phil. Agustín Basave Fernández del Valle
 Director del Centro de Estudios Humanísticos
 Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras y
 de la Facultad de Derecho y Criminología de la
 Universidad Autónoma de Nuevo León

Vaya, por delante, una confesión personal: nací entre libros y entre libros he de morir. Soy – ¿por qué no decirlo? – un ciudadano de la república de los libros por derecho de amor y estudio. Autor vocacional y lector empedernido, los libros le han robado horas a mi sueño –aunque me hayan lanzado a muchos ensueños– y han mermado considerablemente mi bolsillo. Todo esto viene a cuento porque mi disertación no será, simplemente, una académica y fría conferencia sobre la significación y el sentido del libro en el horizonte cultural. Claro está que me propongo ofrecer un riguroso análisis filosófico sobre el ser y el quehacer de la cultura y sobre la esencia del libro como ente expresivo-instrumental. Pero mi mensaje será –así lo espero– un mensaje de pasión libresca, de eros cultural.

Empezaré por hablar de la vida humana como cultura. Necesitamos orientarnos, saber a qué atenemos respecto de los seres que integran la realidad en la que nos encontramos viviendo. En seguir esa orientación nos va nuestra pervivencia y nuestra felicidad. Conocer la realidad para salvarnos, para ser hombres de verdad en la gran aventura que es existir.

En la conexión cambiante del yo y del mundo se da un dinamismo dramático que constituye la realidad de la vida humana. Buscando la estabilidad que me falta, advierto que mi vida se ofrece como una norma

Universidad Autónoma de Nuevo León

o programa de salvación. Y este programa perfilará mi existir como hazaña y como misión. Sostenerme en el universo con mi programa de salvación, ha sido, sigue siendo y va ser, mi tarea primordial en la vida. Cuando parece que se pierde todo mi sostén y que vamos a naufragar en el inmenso océano del universo, surge la angustia. No tan sólo se trata de que el riesgo me circunda, sino que yo mismo soy riesgo en la fragilidad de mi ser biopsíquico y moral. Un enlace de sucesos únicos ensartados como cuentas de un rosario personal por hacer, va poniendo de manifiesto una asombrosa y al parecer inagotable multiplicación de posibilidades. Dentro de las posibilidades, no todas tienen igual valor para mi vida. Si todas fuesen equivalentes, podría lanzarme ciegamente en cualquier dirección. Se acabaría la seriedad, la fe, la razón en el acto de decidir. Una sola posibilidad es la mía: el abrazo a la vocación.

La cultura como sistema de certidumbres y estabildades frente a la incertidumbre y la inestabilidad de mi vida, no es propiedad de nadie porque no es un bien jurídico. Esencialmente transferible, la cultura no es excluyente, aunque sea susceptible de apropiación por todo aquel que se sienta habitado por ella, confirmándola en su vida personal. Conocimientos que flotan en nuestro ser y se deslizan sin dejar ningún sedimento, no forman cultura. Otros por el contrario, penetran en nuestro interior, se ligan a nuestros recuerdos, conceptos, voliciones y pasiones, integrando nuestro yo psicológico. Hasta se podría decir que se hacen, en nosotros, carne y sangre, vida y espíritu... Los transformamos y nos transforman. No son simples conocimientos "nacionales", sino que son verdaderamente conocimientos "reales" —como diría Newman— porque los hemos asimilado. Con la ventaja de que se tornan, una vez asimilados, autónomos, personales. Desde entonces conocemos por nosotros mismos y no por medio de otros. Habrá una manera propia de comprender y de expresarse que corresponde a un determinado cuerpo y a un temperamento peculiar. Conocemos las cosas conociéndonos a nosotros mismos, y no las comunicaremos al exterior sino comunicándonos a nosotros mismos. El hombre, al conocerse, se hace más hombre. Por hombre, reflexiona, se plantea problemas, descubre soluciones y confronta estas últimas con la roca viva de la realidad. No hay que olvidar que el término "cultura" tiene un origen agrario y significa cultivo. Pero el cultivo supone la simiente, la sementera, la plantación, la labor del sembrador. Sin este afán humano sobre la tierra en cuanta meta perseguida y adquisición lograda, nunca podrá entenderse la cultura personal.

La vida del hombre culto no puede ser conducida sin filosofía, esto es, sin conciencia de que en cada suceso, en cada acaecimiento, trasparece el "sentido sobretemporal de que está empapado". La divisa del hombre culto podría ser aquella que formuló Eugenio D'Ors: La elevación de la anécdota a categoría. No se puede ser culto sin una —por lo menos— discreta base filosófica como elemento integrante y a un rector de lo que es, entre nosotros, la llamada "cultura general". No debe olvidarse que no hay formación auténtica que no repose en un decoroso conocimiento del hombre en cuanto hombre. En este sentido, no hay más cultura que la cultura humanista. Todo lo demás es barbarie. No suprimiremos ninguno de los datos y valores esenciales del hombre, porque una cultura desequilibrada o deficiente no merece el nombre de cultura. Daremos satisfacción a las legítimas exigidas del cuerpo, pero buscaremos para el espíritu luz, belleza y bien... La perfección humana frente a la vida toda y a la universalidad de las cosas es abarcada por el concepto de cultura. Mientras el humanismo sólo apunta derechamente a la perfección del hombre, por el hombre; la idea de cultura engloba la perfección del hombre y su circunstancia.

La cultura responde a un anhelo fundamental de la naturaleza humana, pero es obra del espíritu y de la libertad, agregando sus esfuerzos al de la naturaleza. Cultura es plenitud vital específicamente humana: actividades especulativas y actividades prácticas, (éticas y artísticas) engranadas al tiempo y a sus vicisitudes. Trátase, consiguientemente, de algo especialmente humano y, como tal, perecedero. Siempre me ha parecido magnífica aquella expresión de Herriot: "*La cultura es lo que queda cuando todo lo demás se ha olvidado*". Queda la capacidad, la aptitud. Gracias a la cultura, nuestras sensaciones, nuestras imágenes, nuestras intuiciones, nos pueden sobrevivir y, por consiguiente, es posible que adquieran un cierto modo de existencia que ya se encuentra fuera del yo.

La vida humana, desarrollándose según sus peculiares modos de ser y comprendiendo la producción y utilización de objetivaciones culturales, es también de manera eminente cultural. No hay que olvidar que el dinamismo y fluencia de vida se fraguan, en el interior de un sujeto, el libro y la sinfonía, la catedral y la herramienta. Consciente o parcialmente inconsciente, el proceso de creación cultural —radicando en la capacidad objetivamente del hombre— va desde la primera incitación o germinación hasta que el objeto ingresa con vida independiente y propia en el mundo de la cultura. Si por una parte el hombre crea la cultura, por otra la cultura lo va configurando a él. Piénsese en lo que significa, en la vida de

cada cual, el lenguaje, la religión, el derecho, el arte, la técnica... Gracias a estas realidades realizamos íntimamente nuestra propia índole, acrecentamos y fortalecemos nuestra vida interior, cumplimos nuestro destino natural.

Tan importante resulta la cultura para la comprensión del hombre, que Ernst Cassirer ha llegado a decir que "la característica sobresaliente y distintiva del hombre no es una naturaleza metafísica sino su obra". Es esta obra, el sistema de las actividades humanas, lo que define y determina el círculo de humanidad. "El lenguaje, el mito, la religión, el arte, la ciencia y la historia son otros tantos 'constituyentes', de los diversos sectores de este círculo".¹ Sin desconocer la importancia de una consideración funcional del hombre y de una filosofía de las formas simbólicas, no creo que sea posible proporcionar una visión de la estructura fundamental de cada una de las actividades culturales humanas —como en vano lo pretende Cassirer— sin una previa metafísica del hombre.

La cultura proviene —como lo ha apuntado Francisco Romero— de la capacidad objetivante. Si el hombre es un ser que capta y concibe un mundo objetivo, la cultura forma cuerpo con el hecho de ser humano. Distinguese entre cultura objetiva —toda creación del hombre: obra de arte, institución, teoría, costumbre— y vida cultural —existencia del hombre entre los entes objetivos creados por él.

Tenemos la facultad de imponer nuestro propio cuño a la naturaleza, de incorporarle un sentido. Todo aquello que de alguna manera producimos o modificamos para introducir en nuestro círculo humano, es objeto de cultura: parques nacionales, pisapapeles, edificios, leyes y reglamentos. En este sentido se ha podido decir que la tierra entera está culturizada, porque no hay rincón en ella que escape a las relaciones jurídicas y de dominio. Sólo los astros no están afectados por la cultura. Cabe decir que son pura naturaleza.

El objeto cultural, sentido humano impreso en una cosa, se comprende pasando "de algo significativo a algo significado". Base material, contenido o sentido y referencia a un valor —que no es parte efectiva de un objeto sino de una dirección o polarización— son los ingredientes que integran el objeto cultural. El hombre humaniza lo no humano, transforma la realidad colonizándola. "Vida humana

¹ Ernest Cassirer, *Antropología Filosófica* —Introducción a una Filosofía de la Cultura— Editorial Fondo de Cultura Económica

objetivada" llama Recaséns Siches a la cultura objetiva, porque supone la proyección al exterior de la interioridad del hombre. Nada de raro tiene que el hombre, al autoafirmarse, edifique un mundo, si pensamos que lleva un mundo dentro de sí, una interioridad poblada de instancias objetivas.

Primitivamente la palabra cultura significó un estado o una posesión de la persona individual (cultura *animi*). Posteriormente adquirió el sentido de la estructura objetiva supraindividual. En realidad, ambos aspectos de la cultura están íntimamente vinculados y se condicionan mutuamente. Conviene recordar que la palabra cultura arranca del cultivo de las plantas (agricultura), cuyo significado se extendió al cultivo anímico. El hecho es que nos encontramos viviendo en medio de un conjunto de productos con sentido, que existen ahora y por grupo, para nosotros. Cada sector está constituido por bienes culturales que encarnan un valor peculiar. No se trata de un organismo sino de una organización de partes esencialmente distintas en una unidad más o menos diferenciada y estrecha.

Una auténtica filosofía de la cultura intenta conocer el mundo de la cultura no como un mero agregado de hechos inconexos y dispersos, sino como un todo orgánico, como un sistema. El hombre vive en una sociedad de pensamiento y sentimiento cuyos elementos y condiciones constitutivos son: el lenguaje, el mito, el arte, la religión y la ciencia. No puede el hombre vivir su vida sin expresarla. Y estas expresiones sobreviven a la existencia individual y efímera de sus forjadores. Entre estabilización y evolución se da una tensión constante. Hay una tendencia a las formas fijas y estables de la vida, como hay otra que propende a romper este esquema rígido. La cultura, en conjunto —afirma Cassirer— "es el proceso de la progresiva autoliberación del hombre"². Pensamos nosotros que los objetos culturales lo mismo le ayudan al hombre a vivir como a destruir y a dar muerte. En todo caso, el futuro de la historia depende de la cultura, no de la fatalidad".

Un cosmos intelectual, que abarca un conjunto orgánico de valores expresados por la actividad humana, está ahora en nuestras manos. Si la cultura es fruto de la libertad espiritual, no podemos eludir nuestra responsabilidad histórica. Conciencia crítica, organicidad de conocimientos, afinamiento espiritual, todo ello es bueno procurar, a condición de no absolutizar los valores humanos. Sin un fundamento

² "Antropología Filosófica", pág. 313, Fondo de Cultura Económica

trascendente de los valores, la cultura se viene abajo como falso ídolo. O el fundamento de los valores es Dios, o los valores cesan de ser tales. Los valores que expresa toda cultura nos remiten al fundamento de todo valor.

“La palabra cultura –afirma Nicolás Abbagnano– tiene dos significados fundamentales. El primero es más antiguo y significa la formación del hombre, su mejoramiento y perfeccionamiento. El segundo significado indica el producto de esta formación, esto es, el conjunto de los modos de vivir y de pensar cultivados, civilizados, pulimentados, a los que se suele dar también el nombre de civilización”³. Mi maestro, el Dr. Juan Zaragüeta, ha dicho que “la cultura es la superación de la naturaleza por un esfuerzo humano a ella conducente en las diversas direcciones de la vida”⁴. Conocimiento de los seres, actuación sobre ellos, valoración, reflexión filosófica, religión son modos o categorías de la cultura. En este sentido, cabe decir, que la cultura es característica distintiva y universal de las sociedades humanas. Jamás se ha tenido noticia de un grupo humano que no tuviere lenguaje, tradiciones, costumbres e instituciones. La segunda edición de la magna “Enciclopedia Filosófica” italiana, define la cultura en los siguientes términos: Cultura: “*Esercitazione delle facoltà spirituali, mediante la quale queste sono portate in condizione di dar i frutti più abbondanti e i migliori che la loro naturale costituzione consenta*”⁵. Hasta aquí algunas indispensables precisiones sobre la cultura. Vayamos ahora al libro: un específico objeto de cultura.

El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua Española, en su 18ava. Edición nos ofrece tres acepciones del vocablo libro (del latín *liber, libri*): 1) “Reunión de muchas hojas de papel, vitela, etc., ordinariamente impresas, que se han cosido o encuadernado juntas con cubierta de papel, cartón, pergamino y otra piel, etc., y que forman un volumen. 2) Obra científica o literaria de bastante extensión para formar volumen. 3) Cada una de ciertas partes principales, en que suele dividirse la obra científica o literaria y los códigos y leyes de gran extensión”. La primera acepción se centra en la causa material del libro y nada nos dice de su causa formal, de su causa eficiente y de su causa final. La segunda acepción apunta la causa formal dentro de los límites de lo científico y de

³ Nicolás Abbagnano, *Diccionario de Filosofía*, pág. 272, Fondo de Cultura Económica

⁴ Juan Zaragüeta: *Diccionario Filosófico* pág. 139, Espasa Calpe, S.A.

⁵ *Enciclopedia Filosófica*, volumen 2, pág. 207 G. C. Sansón Editore, Firenze

lo literario. La tercera significación señala, por extensión y aliteración, un particular uso de la palabra libro.

Yo quisiera hablar del libro desde el punto de vista de la filosofía de la cultura. Y esto no lo hace ningún diccionario. Como ente cultural, el libro posee una cierta expresividad transfísica, como resultante de su estructura y de su puesto en el cosmos. Su materialidad es algo accesorio derivado, secundario. Ciertamente un libro es una cosa. Pero una cosa medial que sirve de vínculo a contenidos culturales más profundos. Dentro del horizonte cultural, el libro está ubicado en la subregión del ente expresivo-instrumental. En un libro se encarnan virtualidades que no pueden identificarse en ningún caso con su material. Las palabras sobre el papel son vehículos de expresiones, sentidos y posibilidades de inteligibilidad. Lo que corporaliza la expresión o el sentido transmaterial no es ya la materia (que sería un suplemento), sino la estructura inmaterial del signo, la esfera ideal de conexiones culturales. Dicho de modo más preciso: el libro es una totalidad expresiva de signo más relación más sistema transfísico o cultural.

¿Qué sería del libro sin interlocutor, sin lector, sin intérprete? El libro no siempre habla para todos ni a todos dice lo mismo. Nada dice para un analfabeto y muy poco dice para el tonto. Cosa diferente es que lea un hombre inteligente o un iniciado si se trata de un libro de filosofía o de matemáticas. Para el librero el libro es mercancía, objeto de comercio. Para el autor, el libro es expresión personal, intimidad comunicada, obra de vida humana cristalizada. Por eso el libro es multifacético, tornadizo, pluridimensional en su sentido, curiosa entidad la del libro: su coseidad no le impide un hábito de personidad. Esta entidad entre la naturaleza y el espíritu lleva, de algún modo, el resplandor presencial de su autor. Todo libro nos da a conocer un nombre, un estilo humano. Acaso algunas veces no se origina totalmente en la autenticidad personal; aún así, será expresión de una persona y hasta de un pueblo y de una raza. En el libro no hay que ver solamente lo que se manifiesta, sino quien se manifiesta. Hay libros jóvenes, agresivos, irrespetuosos, humildes, personales, petulantes, deprimentes, esperanzados... En la última instancia, cabría decir que hay tantos libros posibles como personas-autores. En todo caso, el libro auténtico es siempre presencia personal, proximidad existencial entre hombres, manifestación espiritual concreta. El gran libro-persona es libro presencia, es libro confianza, es libro amistad. Está más allá de lo útil. Difunde la cultura y los dones del espíritu por superabundancia de vida. Naturalmente que también hay los libros indignos, venenosos, pornográficos, destructivos. Hay libros –no

cabe duda – que derraman rencor. Por eso a los libros hay que escogerlos como se escogen a los amigos. Y sin embargo, como bien dice mi cordial amigo, el filósofo español Pedro Caba “todo libro, como toda obra del hombre, como toda acción, como todo gesto, aspira a un mínimo de originalidad. Todo hombre, en toda obra, ansía originar, aspira a ser padre o madre de otras almas. Todos queremos grabarnos en el recuerdo de los demás, llamar la atención de los otros, tener fama, gloria, popularidad o nombre, porque todos aspiramos a lo que ya somos, a inmortales...”⁶ La aspiración a la personalidad, originalidad y autenticidad es consubstancial a todo autor. Aunque todo autor, por genial que sea, usa un idioma que no ha inventado, se nutre en una tradición nacional y universal, lleva supuestos étnicos e históricos sobreentendidos. Dentro del contexto social e histórico, cada hombre, que al fin y al cabo es un heredero, proyecta su autenticidad personal. Y cuando de veras busca la verdad, el bien y la belleza, la originalidad le viene por añadidura. Así lo creo yo, por lo menos.

Hoy en día hay demasiados libros. Dentro de esa abundancia torrencial, muchos libros salen sobrando por estériles o por estúpidos. Es preciso orientarse, con buenas guías bibliográficas, en la inextricable y sofocante selva de libros. No podemos leer todo lo que debiéramos leer. En consecuencia, se impone una rigurosa selección de acuerdo con radicales preferencias. En los años de mi adolescencia, cuando leía un libro de segunda o de tercera clase, recuerdo que mi padre me espetó aquel adagio latino “*Ars longa, vita brevis*”. Desde entonces he tratado de disciplinar mis lecturas. No con inhumana rigidez, pero sí con metas claramente dilucidadas. Acordándome de aquella frase de Lessing: “un libro grande, es un grande daño”, he procurado, como autor, apretar ideas, mostrar espíritu de parvedad, condensar mensajes. Y creo que algunos de mis libros llevan mi mensaje más personal y muchas de mis mejores esperanzas. Siempre he sentido vivir para algo más que para dar con mis huesos en una tumba. Y para el autor, cada libro es creatura amada. Cuando un autor que se respeta da al público una de sus obras, es porque la juzga digna de salir a la luz pública. Porque publicar un libro que no se estima es sobra de desfachatez o falta de honestidad intelectual. En cada una de nuestras obras va encapsulada una etapa de ardiente vida espiritual, una objetivación –extraña paradoja– de nuestra inobjetivable subjetividad. Hay que sostener la cultura y hay que hacerla avanzar. Hay que fomentar el buen libro como instrumento de

⁶ Pedro Caba, *Filosofía del Libro*, Madrid MCMLVII

formación y de humanización. Sabemos que más allá de los derechos de autor hay un condominio espiritual del que hace el libro y del que lo lee. Seguramente Gregorio Marañón exagera al decir que la humanidad debe al libro “el 90% de su progreso material y moral”. Pero nadie negará que sin el libro moriría la mayor y la mejor parte de la cultura. *El Quijote*, *Hamlet*, *La Divina Comedia*, *Fausto*, los diálogos platónicos y las tragedias griegas, la obra aristotélica, los libros de Kant y los volúmenes de Heidegger, para no citar sino unos cuantos ejemplos egregios, resuenan y palpitan en nuestro espíritu. En esas obras, unos hombres –nada menos que todos unos hombres como diría Unamuno– se han vertido y expresado. Nos han iluminado y nos han forjado.

Voces apocalípticas nos hablan de la decadencia y agonía del libro. “Debemos dar el aviso con sencilla y mediada gravedad: el libro en Europa –asegura Pedro Caba– va a dejar de ser, está ya dejando de ser, el instrumento de la cultura... El problema no hace más que brotar ahora. Pero es posible que dentro de cien años (la historia ancla con botas de cien leguas) el uso del libro sea una rareza de eruditos y nostálgicos solitarios añorando la noble pesebrera de las bibliotecas. El libro está en peligro y hemos entrado en la fase de decadencia cultural, en el crepúsculo vespéral de su esplendor”. No creo que el libro haya entrado en su decadencia y en su agonía. Me parece, sencillamente, que el cine, la radio, la televisión y la cinta magnetofónica le disputan un ámbito de vigencia que antes era exclusivo. Pero ni el cine, ni la radio, ni la televisión podrán desplazar, definitivamente, al libro. De la supervivencia del libro depende la supervivencia de la gran cultura, de la cultura que llamamos clásica. La palabra de los grandes muertos, encerrada para siempre en los grandes libros, se hace universal e inmortal. Recuerdo haber leído hace varios años, una bella página de Stefan Zweig, en la cual, hablando por todos nosotros, da un testimonio de agradecimiento a los libros “Aquí están, resignados y callados. No instan, no llaman, no piden. En su estante están y esperan, silenciosos. Una somnolencia parece envolverlos, y sin embargo, de cada uno de ellos mira un nombre como un ojo abierto. Al acariciarlos con la vista, con las manos no nos llaman suplicando, no se dan importancia. No piden. Están esperando que nos entreguemos a ellos; solamente entonces se ofrecen. Primero, tranquilidad alrededor de nosotros, luego estamos dispuestos para ellos: una noche, al regreso del camino fatigoso; un mediodía, cansados de los hombres; una mañana nublada que se abre entre sueños visionarios. Deseamos platicar con alguien y sin embargo estar solos. Deseamos soñar, pero con música. Con el gusto epicúreo anticipado de la dulce

prueba, nos acercamos a la biblioteca: cien ojos, cien nombres, clavan la vista en nuestra mirada escudriñadora, silenciosos y pacientes, como las esclavas de un serrallo en su dueño, esperando con devoción la llamada y felices de ser elegidos, de ser gozados..."

"Pequeñísimos trozos de lo infinito, estáis instalados silenciosamente en el interior de nuestro hogar. Pero cuando os liberta la mano, cuando vibra vuestro corazón, entonces rompeis invisiblemente vuestras cárceles triviales, y vuestra palabra nos eleva, como en un vehículo fogoso desde la nada a la eternidad".⁷

Tócame concluir. En un instante de contenida emoción, Sócrates define el ala. La naturaleza del ala, nos dice, consiste en llevar hacia alto lo pesado. Eso y no otra es la misión del libro. Los buenos libros realizan la misión aerostática del ala, elevar hacia lo alto, "ad astra", las humanas pesadumbres. Como Israel por el desierto en tiendas, nosotros estamos de paso. Pero en este paso, hemos visto, —en muchos libros— nuestro camino en los luceros.

⁷ Stefan Zweig "Agradecimiento a los Libros" en la revista *Peñoles* Sección Literaria, pág. 8, septiembre-1951, Monterrey México.

GABRIEL ZAID* Y EL ARRAIGO DE LA CREACIÓN

Mtra. Minerva Margarita Villarreal
Directora de Publicaciones
Universidad Autónoma de Nuevo León

1. La fuerza lírica y el arraigo de la creación

Para tratarse de un poeta que ubica su registro esencialmente en el terreno del poema breve, del soneto, y específicamente del epigrama de filiación latina —agudo en ironía y eléctrico en sarcasmo—, a Gabriel Zaid, célebre por el desvelamiento de la realidad, el ingenio no siempre lo congracia. No se trata, como señaló Octavio Paz, de un poeta religioso y metafísico —y por eso mismo— de un poeta del amor en cuyos poemas "opera de nuevo como una potencia transfiguradora de la realidad. Esa transfiguración no es cambio ni transformación sino desvelamiento, desnudamiento: la realidad se presenta tal cual." El comentario de Paz, si se observa con atención, es preciso, pero contradictorio.

No es que la realidad se presente tal cual, es que el poema brinda la certeza de asirla porque abre una puerta, y el aire de la realidad sale de su vacío para llenarnos. Así podemos penetrarla, estar en ella como generalmente sucede que no estamos. La realidad no se presenta tal cual, es el poema el que nos abre su acceso. Y casi siempre, en la poesía de

* Gabriel Zaid nació en Monterrey, N.L., el 24 de enero de 1934. Y aunque se ha mantenido lejos de la ciudad desde entonces, su obra ejerce una influencia profunda en la inmensa minoría que lo sigue.